

Miedo y sugestión en el ejército romano republicano: La insurrección como reacción

Fear and Suggestion in the Republican Roman Army: Insurrection as a Reaction

Rubén Escorihuela Martínez
Universidad de Zaragoza
rubenescori@unizar.es

Resumen: Dueña de su tiempo, una de las características que definió a la civilización romana fue su capacidad y destreza militares. El ejército romano, más allá de un instrumento de conquista y expansión territorial, se convirtió en un medio con el que difundir la cultura y los valores romanos. Su eficiencia y superioridad, hicieron de la legión romana una maquina altamente eficaz desde el punto de vista militar, así como un modo de vida y uno de los principales baluartes del mundo romano. Así, junto al impulso de nuevas técnicas y tácticas de combate, pronto se extendió la idea de la férrea e inquebrantable disciplina del soldado romano, fiel a su general, leal a Roma. No obstante, ¿hasta qué punto fue cierto?, ¿realmente fue tan disciplinado el ejército romano o, por el contrario, fue un ejército levantisco? Tradicionalmente, la disciplina ha sido una de las principales virtudes que se le han reconocido al ejército romano, hasta el punto de que autores como Valerio Máximo, Flavio Josefo o Vegecio la han considerado la razón última por la que Roma se acabó convirtiendo en un imperio de dimensiones universales. Este pensamiento, lejos de limitarse a época clásica, se ha reproducido hasta nuestros días, creando la imagen de un soldado valiente, temerario y leal; de un soldado que, en definitiva, daría su vida por las armas romanas. Pero, ¿cuál fue el precio que tuvo que pagar el soldado romano?, ¿qué impacto tuvo la guerra? Tomando como referencia estas y otras preguntas, a través de una lectura crítica de autores como Polibio, Cicerón, Tito Livio, Plutarco, Tácito, Suetonio, Apiano o Dion Casio, se pretende medir el impacto que pudieron tener el miedo y la sugestión, así como otros traumatismos físicos y psicológicos, en el soldado romano republicano, como fuente de conflictos y

episodios de insurrección. Con este propósito, se parte de una serie de situaciones militares desfavorables con la finalidad de, por un lado, analizar el comportamiento que experimentó el ejército romano republicano ante un contexto militar adverso y, por el otro, valorar el papel que desempeñó la insurrección como recurso a través del cual el soldado romano pudo defender sus intereses y proteger su vida.

Palabras clave: ejército romano republicano, traumatismos físicos y psicológicos, disciplina e insurrección.

Abstract: Greatest ruler of its time, one of the characteristics that defined Roman civilization was its military brilliance. The Roman army was much more than an instrument of conquest and territorial expansion: it became a means to spread the Roman culture and values. Its efficiency and strategic superiority made Roman legions a highly effective machine from a military perspective, as well as a lifestyle and one of the main symbols of the Roman world. Thus, together with the impulse of new techniques and combat tactics, the idea of a Roman soldier's unbreakable discipline, loyalty to his general, to Rome, soon spread. However, to what extent was it true? Was the Roman army really so disciplined or, rather on the contrary, a rebellious army? Traditionally, discipline has been one of the main virtues assigned to the Roman army, to the point that authors such as Valerius Maximus, Flavius Josephus or Vegetius have considered it the ultimate reason why Rome ended up becoming an empire of universal dimensions. This idea, far from being restricted to classical times, has been reproduced to this day, casting the image of a brave, reckless and loyal soldier; a soldier who would definitely give up his life with a Roman weapon in his hand. But what price did Roman soldiers have to pay? What was the impact of war? Taking these and other questions as a reference, via a critical reading of authors such as Polybius, Cicero, Titus Livius, Plutarchus, Tacitus, Suetonius, Appianus or Dion Cassius, the potential impact of fear and suggestion, as well as other physical and psychological traumas affecting Republican Roman soldiers, will be assessed as a possible source of conflicts and insurrectionary episodes. To this purpose, a series of unfavorable military situations will be used as a basis in order to, on the one hand, analyze the behavior of the Republican Roman army in an adverse military context and, on the other hand, value the role played by insurrections as a resource through which Roman soldiers may have defended both their interests and their lives.

Keywords: Republican Roman army, physical and psychological traumas, discipline and insurrection.

Para citar este artículo: Rubén ESCORIHUELA MARTÍNEZ: “Miedo y sugestión en el ejército romano republicano: La insurrección como reacción”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 9, N° 19 (2020), pp. 77-97.

Recibido 08/04/2020

Aceptado 25/11/2020

Miedo y sugestión en el ejército romano republicano: La insurrección como reacción *

Rubén Escorihuela Martínez
Universidad de Zaragoza
rubeneskori@unizar.es

Introducción: los traumas de la guerra

Pese a la multitud de frentes en los que se vio inmerso el ejército romano a lo largo de su historia, han sido los grandes hechos de armas el principal recurso del que se ha nutrido la historiografía clásica y moderna a la hora de recopilar los ejemplos y episodios con los que forjar, construir y elaborar la imagen de este célebre colectivo militar. Este planteamiento, no obstante, ha dejado en el destierro otros temas que, más difíciles de adaptar al discurso tradicional, y, sobre todo, más problemáticos de integrar en el imaginario cultural, se alejaban radicalmente de esa imagen secular, revestida de honor y gloria, con la que siempre se ha querido vincular al soldado de Roma.

Si conceptos como la valentía y la disciplina han marcado a fuego cada representación del soldado romano, como así se desprende de las principales fuentes clásicas,¹ otros como el miedo o el dolor parecen desvanecerse y ser ajenos a aquellas tropas que dominaron el Mediterráneo.² Este enfoque, más propio de la ficción que de la Historia, lejos de beneficiarnos nos ha apartado de la realidad de los hechos y entorpecido en nuestro interés por reinterpretar y comprender la figura del soldado romano.

* El presente artículo ha sido realizado en el marco de la ayuda para contratos predoctorales del Gobierno de Aragón, ORDEN IIU/1/2017, de 9 de enero, por la que se convocan subvenciones destinadas a la contratación de personal investigador predoctoral en formación para el período 2016-2020 cofinanciadas con el Programa Operativo FSE Aragón 2014-2020.

¹ *Vid. infra* nota 4.

² Debemos remontarnos, en concreto, al presente siglo para encontrarnos con trabajos que aborden la temática de la ansiedad, el terror y el miedo en el mundo antiguo, en general (*vid.* Caleb CARR: *The Lessons of Terror: A History of Warfare Against Civilians*, Nueva York, Random House, 2003; Gianpaolo URSO (ed.): *Terror et pavor: Violenza, intimidazione, clandestinità nel mondo antico (Atti del convegno internazionale, Civile del Friuli, 22-24 settembre 2005)*, Pisa, ETS, 2006), y en el mundo romano, en particular (*vid.* Aislinn A. MELCHIOR: “Caesar in Vietnam: Did Roman Soldiers Suffer from Post-Traumatic Stress Disorder?”, *Greece and Rome*, 58:2 (2011), pp. 209-223; Joseph HALL: “A Roman PTSD? Psychological Trauma and the Soldiers of Rome”, *Ancient Warfare*, 10:1 (2016), pp. 48-52).

A tal efecto, el trabajo que se expone a continuación, más allá de actualizar esta imagen distorsionada por la historiografía evenemencial,³ tiene por finalidad humanizar al soldado de Roma, tomando como objeto de estudio al ejército romano republicano; una compleja máquina de combate e instrumento de poder que, sin embargo, no quedó libre de sufrir y padecer los males de la guerra.

En este sentido, se propone un debate sobre el alcance que pudieron tener el miedo y la sugestión, entre otras lesiones físicas y psicológicas, como fuente de conflictos y episodios de insurrección. Para tal fin, se parte de una serie de situaciones militares desfavorables, con el propósito de analizar el impacto de la guerra en la mentalidad del soldado romano republicano y en el mantenimiento de la disciplina militar, el comportamiento que experimentó el ejército ante una situación bélica extrema, y, finalmente, el papel que desempeñó la insurrección como respuesta ante un contexto bélico hostil.

El impacto físico de la guerra

Cuando pensamos en el soldado romano, nuestro inconsciente colectivo no duda en elaborar una detallada representación de un guerrero valiente, temerario, disciplinado, obediente y leal; un soldado, en definitiva, que moriría por honor antes de mancillar las armas romanas.⁴ Sin embargo, lejos de la realidad, este conjunto de prejuicios, mi-

³ Frente al relato más tradicional (cf. Frederick CONWAY: *Stories of Great Men, from Romulus to Scipio Africanus Minor*, London, Bell, 1900; Frank E. ADCOCK: *The Roman Art of War Under the Republic*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1940; Manuel MARÍN Y PEÑA: *Instituciones militares romanas*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1956; George R. WATSON: *The Roman Soldier*, New York, Cornell University Press, 1985; Roy DAVIES: *Service in the Roman Army*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 1989), debemos señalar la existencia de una bibliografía alternativa cuyas líneas de investigación han combatido en las últimas décadas a este punto de vista más conservador. En tal sentido, se recomienda las lecturas de Stefan G. CHRISANTHOS: “Keeping Military Discipline”, en Brian CAMPBELL y Lawrence A. TRITLE (eds.), *The Oxford Handbook of Warfare in the Classical World*, Oxford, Oxford University Press, 2013, pp. 312-329; Jon E. LENDON: “Virtus y disciplina. La mente del soldado en la República media”, *Desperta Ferro Especiales. La legión romana I. La República media*, 6 (2014-2015), pp. 56-61; y Justin R. JAMES: *Virtus et Disciplina: An Interdisciplinary Study of the Roman Martial Values of Courage and Discipline*, Tesis doctoral inédita, University of Missouri-Columbia, 2019, sobre la disciplina; y Kathryn H. MILNE: *The Republican Soldier: Historiographical Representations and Human Realities*, Tesis doctoral inédita, University of Pennsylvania, 2009, para un estado de la cuestión sobre el soldado romano republicano.

⁴ Esta construcción mental se debe, sobre todo, a la sobredimensión que ha sufrido la disciplina militar romana ya desde época clásica. Así, por ejemplo, autores como Flavio Josefo (*BJ* 3.71-75) no dudaron en hacer de la disciplina militar la razón última por la que Roma se acabó convirtiendo en un imperio de dimensiones universales: «Si tenemos en cuenta su disciplina militar, veremos que son dueños de un Imperio tan grande como resultado de su propio esfuerzo, no como si ello fuera un regalo de la Fortuna. [...] En efecto, ni el desorden les aparta de su acostumbrada disciplina, ni el miedo les altera, ni les domina la fatiga; en consecuencia, siempre vencen con firmeza sobre los enemigos que no están adiestrados como ellos». Esta recreación de un soldado temerario y leal se aprecia también en Vegecio (*Epitoma Rei Militaris* 1.1): «Los romanos debieron la conquista del mundo al continuo entrenamiento militar, la exacta observancia de la

tos y actitudes colectivas nos ha llevado a construir una imagen poco probable del soldado romano, en donde la imaginación, la fantasía y la leyenda han desplazado a la razón.⁵

Ante una situación crítica, un contexto militar desfavorable, una derrota inminente o la idea de enfrentarse ante un enemigo superior, cada uno de los soldados integrantes del ejército podía actuar de forma distinta, provocando, extendiendo o ayudando a difundir la confusión, el desorden y el caos entre sus compañeros de armas.⁶ Igualmente, en una situación militar adversa, los problemas subyacentes e inherentes a todo cuerpo militar podrían salir a la superficie, determinando el destino del ejército, así como del general al mando.⁷ Frente a esta realidad, las autoridades políticas y militares romanas desplegaron un variado conjunto de mecanismos de control, cohesión y coerción con los que controlar, aglutinar, adoctrinar y, siempre que hiciera falta, disciplinar y castigar al soldado o conjunto de soldados que protagonizaran o secundaran cualquier acción que pusiera en peligro la integridad, la armonía y el orden dentro del ejército romano.⁸ Pero, ¿y si el contexto bélico sobrepasaba a los propios comandantes romanos?, ¿qué ocurría si se rompía la disciplina?, ¿qué impacto tuvo la guerra en el modo de pensar y actuar del soldado republicano?

Un primer escenario que debemos analizar es el campamento militar.⁹ Elemento esencial en la cultura militar romana, el *castrum*, en palabras de Fernando Quesada,

disciplina en sus campamentos y el perseverante cultivo de las otras artes de la guerra». Igualmente, se recomienda la lectura de Valerio Máximo quien, en el capítulo VII, libro II, de su obra *Factorum et dictorum memorabilium* se nutre de un amplio número de *exempla* con los que exaltar la disciplina militar de aquellos romanos ilustres que prefirieron dar la vida de su propio hijo antes de manchar el nombre de Roma: «[pues] era preferible que un padre se quedara sin su hijo a que la patria se quedara sin disciplina militar».

⁵ Para mayor información sobre la mitificación del soldado romano, se recomienda la lectura de William S. MESSER: “Mutiny in the Roman Army. The Republic”, *Classical Philology*, 15:2 (1920), pp. 158-175.

⁶ Para una aproximación a la actitud del ejército romano ante la derrota, se sugiere la lectura de John RICH: “Roman Attitudes to Defeat in Battle Under the Republic”, en Francisco MARCO, Francisco PINA y José REMESAL (eds.), *Vae Victis! Perdedores en el mundo antiguo*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2012, pp. 83-111.

⁷ Stefan G. CHRISSANTHOS: *Seditio. Mutiny in the Roman Army, 90-40 B.C.*, Ann Arbor, UMI, 1999, *passim*.

⁸ *Vid.* Charles ANDRIEUX: *La répression des fautes militaires dans les armées romaines*, Clermont-Ferrand, De Bussac, 1927; George W. CURRIE: *The Military Discipline of the Romans from the Founding of the City to the Close of the Republic*, Bloomington, Graduate Council of Indiana University, 1928; Lee L. BRICE: “Second chance for valor: restoration of order after mutinies and indiscipline”, en Lee L. BRINCE y Danielle SLOOTJES (eds.), *Aspects of Ancient Institutions and Geography. Studies in Honor of Richard J.A. Talbert*, Leiden, Koninklijke Brill NV, 2004, pp. 103-121; Carlos ESPEJO: “Penas corporales y torturas en Roma”, *Revista de estudios de antigüedad clásica*, 7 (1996), pp. 93-111; John K. EVANS: “Resistance at Home: The Evasion of Military Service in Italy during the Second Century B.C.”, en Toru YUGE y Masaaki DOI (eds.), *Forms of Control and Subordination in Antiquity*, Tokio, E. J. Brill, 1988, pp. 121-140; Sara E. PHANG: *Roman military service: ideologies of discipline in the late Republic and early Principate*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008; Jonathan P. ROTH: “Ideologies of discipline in the Roman military”, *Journal of Roman Archeology*, 25 (2012), pp. 750-758.

⁹ Para una información más detallada sobre el campamento militar, se recomienda la lectura de Polibio (6.27-42).

«ofrecía un asilo real, pero sobre todo, un refugio psicológico, un terreno conocido y predecible en medio de lo desconocido y aterrador».¹⁰ No obstante, independientemente de su significado material y simbólico, de su tamaño o de su forma, lo cierto es que no hace falta decir que los soldados contaron en estos espacios con escasas comodidades. Mientras que, en invierno, estaban expuestos a la lluvia, el barro, la escarcha, el frío y la nieve; en verano, la defensa era también escasa contra el calor. Por otro lado, las condiciones higiénico-sanitarias eran deficientes y contribuían a enrarecer el ambiente, a lo que hay que sumar la dificultad de mantener los suministros de alimentos en invierno, lo que aumentaba el riesgo de sufrir de inanición.¹¹ Hablamos de condiciones que, a menudo, costaba la vida de más hombres que los propios combates. Asimismo, no debemos olvidar el reducido espacio vital que le correspondía a cada soldado, especialmente en comparación con los grandes y lujosos cuarteles utilizados por el comandante y su *consilium*.¹² Esta precaria situación, sumada a los tradicionales problemas que solían darse en todo ejército desplegado en campaña, crearon, con frecuencia, las condiciones necesarias para el desarrollo del motín.¹³

Así ocurrió, en 68 a.C., cuando, en su lucha contra Mitrídates VI del Ponto,¹⁴ Lucio Licinio Lúculo sufrió la insurrección de sus tropas. De camino a Artashat, capital del reino de Armenia, su ejército se vio obligado a marchar a través de un difícil terreno montañoso, bajo condiciones invernales adversas. Los soldados, además de enfrentarse con fuertes tormentas y heladas, tuvieron que acampar en un terreno mojado y fangoso, mientras que su comandante, por el contrario, pasaba el tiempo disfrutando de la hospitalidad de las ciudades griegas. Los soldados, sometidos al estrés del enfrentamiento y al impacto psicológico de las duras condiciones de vida dentro del campamento, ante la negativa de Lúculo de cancelar la marcha se negaron a continuar bajo su mando.

¹⁰ Fernando QUESADA: *Estandartes militares en el mundo antiguo*, Madrid, Aquila legionis, 2007, p. 42.

¹¹ Privados de agua y víveres, y cercados por los ejércitos de Julio César, los soldados de Afranio y Petreyo acabaron por abandonar a sus comandantes y pasarse al bando cesariano (Caes. *Civ.* 1. 71.4, 78.1, 84-87). La falta de suministros, así como la carencia de alimentos, lejos de ser un mal exclusivo del ejército romano fue un problema endémico de todos los ejércitos de la Antigüedad, y una de las causas más frecuentes de malestar entre los soldados. Así, nos lo recuerda Apiano con ocasión de la guerra entre Mitrídates y Lúculo: «Con la llegada del invierno, Mitrídates [VI del Ponto] se vio privado incluso de los alimentos que pudieran llegarle por mar, de manera que el ejército sufría por el hambre y muchos murieron. Hubo algunos que llegaron a comer vísceras, a la usanza bárbara, otros enfermaban por alimentarse de hierbas y los cadáveres de sus propios compañeros, arrojados cerca sin sepultar, trajeron la peste, además del hambre» (App. *Mith.* 76).

¹² Stefan G. CHRISSANTHOS: *op. cit.*, p. 188.

¹³ «Que cuando llegaron a Bizancio Flaco y Fimbria, y Flaco, después de dar órdenes de acampar fuera de la muralla, entró en la ciudad, tras enterarse de esto Fimbria lo acusó de que se había apoderado de las riquezas y lo denunció diciendo que vivía en el interior lujosamente, mientras ellos pasaban fatigas bajo las tiendas durante el invierno» (D.C. 31.104).

¹⁴ App. *Mith.* 72-90.

Los soldados tenían mala disposición hacia él [Lúculo] ya desde el comienzo de la campaña de Cízico, y de nuevo cuando marcharon contra Amiso, al haber sido obligados a pasar dos inviernos seguidos en sus tiendas de campaña. Y también el resto de los inviernos les trajeron fatigas. Pues acamparon a cielo raso en la fría estación tanto durante la expedición militar como cuando se hallaban junto a sus aliados. Ni una sola vez entro Lúculo junto con su guarnición en una ciudad griega y amigable.¹⁵

Pero si hablamos de la vida dentro del campamento militar en términos negativos, no son más favorables las condiciones de servicio a las que se veían expuestos los soldados romanos. La ya de por sí elevada duración del servicio militar, junto con la prolongación del mismo una vez que Roma empieza a operar en escenarios cada vez más alejados de la península itálica,¹⁶ hizo que fuera común entre los soldados la aparición de un sentimiento de desazón, hastío, fatiga y pesimismo, fruto de años de lucha por la supervivencia, de padecimientos físicos y morales, del sufrimiento por heridas y/o cautiverio, y del cansancio anímico.¹⁷ Así, en un contexto de guerra dominado por el caos, el miedo, la angustia y la confusión, no era de extrañar que la pérdida de mo-

¹⁵ Plu. *Luc.* 33.3-4. Asimismo, tenemos que recordar que no era la primera vez que las tropas de Lúculo protagonizaban un motín. En concreto, ya se habían levantado en tres ocasiones: frente a Lucio Valerio Flaco, por partida doble, en 86 a.C.; y frente a Cayo Flavio Fimbria, en 85 a.C. Así lo relata Plutarco (*Luc.* 7): «Lúculo, teniendo consigo una legión ya formada, partió con ella al Asia, donde se hizo cargo de las demás tropas que allí existían, las cuales todas estaban corrompidas con el regalo y la codicia; [...] las llamadas Fimbrianas, por la costumbre de la anarquía y el desorden, habían perdido enteramente la disciplina: porque estos mismos soldados eran los que con Fimbria habían dado muerte a Flaco [...], y los que después habían puesto a Fimbria en manos de Sila: hombres insubordinados y violentos, aunque, por otra parte, buenos militares, sufridos y ejercitados en la guerra».

¹⁶ Durante la República, la duración del servicio militar fue, habitualmente, de seis años –salvo en tiempos de crisis especiales que podía aumentar a dieciséis o, incluso, veinte años (Plb. 6.19.2-3). Tras las reformas de Mario, no se estableció un límite fijo en el servicio, aunque, posiblemente, se siguiese aplicando el máximo tradicional de dieciséis campañas o años. La situación se formalizó, en 13 a.C., cuando Augusto decidió que los legionarios debían prestar servicio durante dieciséis años, más cuatro como veteranos (Tac. *Ann.* 1. 36.3). Finalmente, entre el 5-6 d.C., Augusto aumentó el servicio a veinte años, siendo habitual, no obstante, que, a mediados del siglo I d.C., el legionario romano sirviera durante veinticinco años. La continua prolongación del servicio militar, junto a otras causas subyacentes, provocó durante el Imperio –como ya pasara durante la República– importantes desórdenes dentro del ejército, como los motines del 14 d.C. tras la muerte de Augusto (Tac. *Ann.* 1. 31-52). *Vid.* Adrian GOLDSWORTHY: *The Complete Roman Army*, London, Thames & Hudson, 2003, pp. 20, 26, 46-50 y 76; Pierre CAGNIART: “The Late Republican Army (146-30 BC)”, en Paul ERDKAMP (ed.), *A companion to the Roman army*, Malden, Blackwell, 2007, pp. 80-95; Luuk DE LIGT: “Roman Manpower and Recruitment During the Middle Republic”, en Paul ERDKAMP (ed.), *op. cit.*, pp.114-131; y Kate GILLIVER: “The Augustan Reform and the Structure of the Imperial Army”, en Paul ERDKAMP (ed.), *op. cit.*, pp. 183-200.

¹⁷ Tal y como nos informa Dion Casio (41.22.3-4), el cansancio anímico, junto con la falta de víveres, precipitó la desertión del ejército pompeyano, en 49 a.C.: «[...] después de intentar muchas veces abrirse paso, no lo consiguieron por ninguna parte, y a causa de esos esfuerzos, de la falta de sueño y del viaje, estaban agotados. Además no tenían alimento [...] y no tenían suficiente agua [...] de modo que se entregaron con la condición de que no sufrirían nada malo [...]».

ral, la falta de autoestima o voluntad, la desmoralización y el bloqueo emocional fueran síntomas frecuentes entre los soldados romanos.

Mientras Sila y Metelo estaban en los alrededores de Teano, avanzó contra ellos Lucio Escipión con otro ejército, que se hallaba muy bajo de moral y ansiaba la paz. Los de la facción silana, al conocer el hecho, enviaron emisarios a Escipión para tratar de un acuerdo, no porque lo esperaran o desearan, sino porque confiaban en crear disensiones en su ejército, que estaba muy desanimado.¹⁸

Consecuencia de la extensión del servicio militar, encontramos dos insurrecciones, en los años 49 y 47 a.C., entre los hombres de Cayo Julio César.¹⁹ En medio de la guerra civil que enfrentaba a César y Cneo Pompeyo Magno por el control de Roma, los soldados de César, cansados de la guerra –algunos de los cuales habían servido durante doce años o más de forma ininterrumpida desde la guerra de las Galias (58-51 a.C.)–, exigieron ser licenciados y ver cumplidas sus promesas de dinero y tierra. Mientras que el primero de los motines lo resolvió César gracias al apoyo del resto de sus legiones, en el motín del 47 a.C. se vio obligado a ceder a todas las demandas de sus soldados.²⁰

Algunos soldados que ya no querían seguir a César se sublevaron en Placentia con el pretexto de que estaban exhaustos, pero, en realidad, porque éste no les permitía saquear el territorio ni hacer ninguna de las otras cosas que querían.²¹

[...] las legiones le provocaron [a César] una preocupación nada leve, porque esperaban recibir mucho, y cuando encontraron su recompensa inferior a lo que esperaban [...] causaron revueltas. [...] Después de haber hablado [...] acerca de las fatigas que habían padecido y los peligros que habían afrontado, y también mucho acerca de sus expectativas y de lo que afirmaban que eran dignos de ob-

¹⁸ Poco antes de la defección del ejército de Lucio Cornelio Escipión, en 83 a.C., en App. *BC* 1.85.

¹⁹ Plu. *Caes.* 51; Cic. *Att.* 11. 21. 2; 11. 22. 2; Caes. *B. Afr.* 19, 28, 54.

²⁰ Así nos lo cuenta Livio (113): «César concedió a sus veteranos, que sediciosamente pedían su licenciamiento, lo que pedían y cruzó a África, donde luchó con gran riesgo personal contra los hombres del rey Juba».

²¹ D.C. 41.26, en alusión al motín del 49 a.C. Como podemos apreciar en este pasaje, bajo la demanda de poner fin al periodo de servicio, en realidad, parece que el principal motivo que empujó a los soldados a levantarse contra César fue el económico. Así lo entiende también Apiano (*BC* 2.47) cuando nos dice: «[...] otro ejército de César se amotinó cerca de Placentia y acusó a sus oficiales de que prolongaban la campaña y ellos no recibían las cinco minas que, como donativo, les había prometido César cuando estaban aún en Bríndisi».

tener, y de haber insistido después en que consideraban que merecían dejar el servicio al ejército [...].²²

Cuando llegó [...] brotó otra [revuelta] contra él [César] en el seno de su ejército, porque no habían visto materializadas las promesas que les había hecho después de la batalla de Farsalia y porque se les había prolongado el servicio militar más allá de lo fijado por la ley. Exigían que todos fueran licenciados y enviados de vuelta a sus hogares.²³

El impacto psíquico de la guerra

Si las heridas físicas del combate, las largas expediciones militares y la extensión del servicio militar, así como la dureza de los acuartelamientos, marcaron al soldado romano republicano²⁴, sin duda alguna es otra lesión, una que no se puede percibir a simple vista, la que más ayudó a romper el orden y la disciplina de las tropas. Hablamos del impacto psicológico de la guerra. El miedo al enemigo,²⁵ a un ejército superior,²⁶ a un comandante más hábil,²⁷ y a la dura disciplina,²⁸ así como la falta de confianza en las habilidades, el liderazgo o el mando de un determinado comandante,²⁹ por no hablar de la huella dejada por la superstición y la sugestión,³⁰ fueron consecuencia directa de la experiencia de la guerra en el espíritu y la voluntad del soldado romano. A este respecto, y tal y como se examinará más adelante, estos y otros males, junto a un contexto militar desfavorable, fueron capaces de, en determinadas ocasiones, socavar la moral del soldado, favoreciendo el desorden entre las tropas, la pérdida de unidad, la indisciplina y, por último, la rebelión.³¹

²² D.C. 42.52-53, en referencia al motín del 47 a.C. Una vez más, comprobamos cómo el elemento económico fue la causa subyacente detrás del motín: «[...] los soldados de la décima legión, que reclamaban en otra ocasión, en Roma, su licenciamiento y recompensas con grandes amenazas y poniendo incluso a la ciudad en gravísimo peligro [...]» (Suet. *Jul.* 70).

²³ En esta versión de Apiano (*BC* 2.92-93), la prolongación del servicio militar más allá de lo establecido por la ley es la principal causa del motín de 47 a.C. Sin embargo, la referencia a las «promesas» no materializadas nos hace pensar que el factor económico también pudo jugar un papel destacable, tal y como recogen Dion Casio y Suetonio en las citas anteriores y expresa Cicerón (*Att.* 11. 22. 2) al decir que «[...] los soldados [de la legión XII], se niegan a ir a ningún sitio si no cobran».

²⁴ Cf. Charles AUBERTIN: “Sobre el servicio médico en los ejércitos de la Antigüedad”, *Dendra Médica. Revista de Humanidades*, 2 (2009), pp. 163-186; y Enrique GOZALBES e Inmaculada GARCÍA: “En torno a la medicina romana”, *Hispania Antiqua* 33-34 (2009-2010), pp. 323-336.

²⁵ Liv. 92, 95; Caes. *Gal.* 1.39.

²⁶ App. *BC* 2.38.

²⁷ App. *BC* 1.76-78.

²⁸ D.C. 36.16.

²⁹ Liv. 83; Plu. *Sull.* 28.1-3.

³⁰ Plu. *Crass.* 18.4-8.

³¹ En lo concerniente a la relación entre el mantenimiento de la moral en el ejército romano y el estallido de insurrecciones, cf. Lindsay POWELL: “The Mood of the Armies: Morale and Mutiny in the Roman Army of

[...] cualquier refuerzo que se enviaba, contagiado por el miedo de los que huían, aumentaba el terror y el peligro, pues el gran número de hombres impedía la retirada.³²

A continuación, trataremos este apartado a través de dos grandes ejes: el miedo y la superstición.

Respecto al miedo, este se puede manifestar a través de varias formas, siendo, a menudo, la manifestación de otros problemas subyacentes que, sin embargo, requieren de un detonante para expresarse a través de un motín abierto.³³ Por ejemplo, uno de los problemas más comunes que experimentó el ejército romano durante la República fue la desconfianza hacia las capacidades y/o el mando de un determinado comandante. Esta situación, que se dio tanto en guerras frente a un enemigo externo como bajo un marco de guerra civil, se debió, bien al desconocimiento de las habilidades de un nuevo comandante o bien porque, directamente, el comandante había dado muestras públicas de su incapacidad. Este aspecto fue el causante de las insurrecciones contra Lucio Cornelio Escipión, en 83 a.C.;³⁴ Cayo Escribonio Curión, en 75 a.C.;³⁵ Julio César, en 58 a.C.;³⁶ Marco Licinio Craso, en 53 a.C.;³⁷ y Lucio Domicio Ahenobarbo, en 49 a.C.,³⁸ por nombrar solo unos ejemplos.

No obstante, en todos estos episodios la desconfianza no fue suficiente para que los soldados rompieran su *sacramentum militiae* y decidieran levantarse contra su general.³⁹ Así, por ejemplo, si bien es cierto que tanto los hombres de Curión como los de

the First Century AD”, *Exercitus*, 2:4 (1988), pp. 61-64; Mike C. BISHOP: “On Parade: Status, Display and Morale in the Roman Army”, en Hermann VETTERS y Manfred KANDLER (eds.), *Akten des 14. Internationalen Limeskongresses 1986 in Carnuntum*, Wien, Verl. der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 1990, pp. 21-30; François HINARD: “Les révoltes militaires dans l’armée républicaine”, *Bulletin de l’Association Guillaume Budé*, 2 (1990), pp. 149-154.

³² Caes. *Civ.* 3. 64. 2.

³³ Stefan G. CHRISSANTHOS: op. cit., p. 175.

³⁴ Plu. *Sull.* 28.1-3.

³⁵ Fron. *Str.* 4.1.43.

³⁶ Caes. *Gal.* 1.39.

³⁷ D.C. 40.18-19.

³⁸ Caes. *Civ.* 1.16-23; App. *BC* 2.38; D.C. 41.10-11.

³⁹ El *sacramentum militiae* es algo más que un juramento ordinario (*iusiurandum*), es un vínculo personal y voluntario, apoyado en el *fas* y dotado de una significación eminentemente religiosa, que une a soldado e *imperator*, convirtiendo a los *quirites* en *exercitus imperatus*. Con su conversión, el ciudadano, ahora como *miles*, queda sometido a la ley del *castrum*. Desde este momento, el soldado recibe una carga religiosa que le une a Roma, a su comandante y a los dioses, pero que, en última instancia, queda condicionada a la disciplina militar. Al respecto, *vid.* María P. RIVERO: *Imperator populi romani: una aproximación al poder republicano*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, pp. 48, 97-98. Igualmente, se recomienda la lectura de François HINARD: “*Sacramentum*”, *Athenaeum*, 81 (1993), pp. 252-263; Alexandra HOLBROOK: *Loyalty and the sacramentum in the Roman Republican army*, Tesis doctoral inédita, McMaster University,

César desconfiaban de las aptitudes guerreras de sus respectivos comandantes, el catalizador de la insurrección vino de fuera, del miedo de los soldados a enfrentarse a guerreros de reconocida ferocidad. Mientras que Curión tuvo que enfrentarse a la negativa de sus legiones a continuar la campaña contra los dardanios:

Cuando el cónsul Cayo Curión hacía una campaña cerca de Dirraquio en la guerra contra los dardanios, y una de las cinco legiones, habiéndose amotinado, había rechazado prestar servicio y había declarado que no seguiría bajo su mando imprudente en una empresa difícil y peligrosa, él condujo cuatro legiones en armas y les ordenó que tomaran su lugar en las filas con sus armas desenvainadas, como si estuvieran en batalla. Entonces mandó que la legión amotinada avanzara sin armas, y obligó a sus miembros a desnudarse para trabajar y que cortaran paja bajo la vigilancia de guardias armados. Al día siguiente, del mismo modo, los obligó a desnudarse y excavar zanjas, y por ningún ruego de la legión pudo ser inducido a renunciar a su objetivo de retirar sus estandartes, aboliendo su nombre, y distribuyendo a sus miembros para llenar otras legiones;⁴⁰

César, que dirigía una ofensiva contra Ariovisto,⁴¹ tuvo que apaciguar una rebelión dentro de su campamento motivada por el temor de sus hombres a enfrentarse a los germanos:

[...] con ocasión de las preguntas de los nuestros y lo que oyeron exagerar a los galos y negociantes la desmedida corpulencia de los germanos, su increíble valor y experiencia en el manejo de las armas, y cómo en los choques habidos muchas veces con ellos ni aun osaban mirarles a la cara y a los ojos, de repente cayó tal pavor sobre todo el ejército, que consternó no poco los espíritus y corazones de todos. [...] pretextando unos una causa, otros, otra de la necesidad de su vuelta, le pedían licencia de retirarse. Algunos, [...] no acertaban a serenar bien el semblante ni a veces a reprimir las lágrimas; [...]. Con los quejidos y clamores de éstos, [...] iba apoderándose el terror de los soldados más aguerridos, los centuriones y los capitanes de caballería. Los que se preciaban de menos tímidos decían no temer tanto al enemigo como el mal camino, la espesura de los bosques intermedios y la dificultad del transporte de los bastimentos. Ni faltaba quien diese a

2003; Salvatore TONDO: “Il «sacramentum militiae» nell’ambiente culturale romano-italico”, *SDHI*, 29 (1963), pp. 1-123; y, sobre todo, Plb. 6.21.

⁴⁰ Fron. *Str.* 4.1.43. Aunque en esta ocasión el castigo evitó la extensión del motín, tal y como veremos más adelante, la aplicación de determinadas medidas disciplinarias, lejos de mantener la lealtad del ejército podía distanciar a los soldados de su general.

⁴¹ D.C. 38.34-47; Liv. 104.

entender a César que cuando mandase alzar el campo y las banderas, no querrían obedecer los soldados ni llevar los estandartes de puro miedo.⁴²

Sin embargo, junto al temor de las tropas cesarianas, debemos añadir a este último ejemplo una excusa más para la sedición: la de índole constitucional. Así, los soldados romanos no dudaron en justificar su actitud, mostrando a César su desconcierto por atacar a un aliado de Roma sin la autorización expresa del Senado.⁴³ Ante el temor de incurrir en una campaña ilegal que solo sirviera para satisfacer la ambición personal de su comandante, los soldados rechazaron, en un principio, el enfrentamiento. Excusa o realidad, lo cierto es que el soldado romano de finales de la República tuvo que hacer frente a una constante lucha interna: ser fiel a su comandante o ser leal a Roma.

Y murmuraban que emprendían una guerra no dictada por la conveniencia ni decidida por voto, sino obediente tan sólo a la ambición de César, a lo que adjuntaban amenazas de abandonarlo si no rectificaba.⁴⁴

No obstante, el peligro no solo podía venir del exterior, siendo habitual percibir entre los soldados romanos cierta actitud de alarma cuando eran movilizadas en un marco dominado por la guerra civil.⁴⁵

En tres años no completos [Sila] dio muerte a ciento sesenta mil hombres, reconquistó para los romanos Grecia, Macedonia, Jonia, Asia y muchos otros territorios que Mitrídates había ocupado previamente; despojó al rey de la flota, y de ser señor de tan vastos dominios lo dejó reducido tan sólo al reino heredado de su

⁴² Caes. *Gal.* 1.39. En la misma línea, encontramos la versión de Dion Casio (38.35.2): «Efectivamente, la talla de los enemigos, su multitud, su audacia y las amenazas implícitas en ello les infundía el pavor propio de quien se enfrenta no a hombres sino a bestias extrañas y feroces».

⁴³ Con estas palabras lo expresa Dion Casio (38.34.3): «[...] Ariovisto, que había obtenido de los romanos la ratificación de su soberanía y al que el mismo César durante su consulado había inscrito entre los amigos y aliados de Roma. Pero esas circunstancias no le preocupaban, pues tenía sus miras puestas en la reputación bélica y en el poder que de ella se derivaría, y así sólo quería conseguir del bárbaro un pretexto de confrontación a fin de no pasar él [César] por iniciador del conflicto».

⁴⁴ D.C. 38.35.2.

⁴⁵ Para una información más detallada del comportamiento del soldado romano bajo un escenario de guerra interna y desertión, *vid.* Paul JAL: “Le soldat des guerres civiles à Rome à la fin de la République et au début de l’Empire”, *Pallas*, 11 (1962), pp. 7-27; Margarita VALLEJO: “Sobre la persecución y el castigo a los desertores en el ejército de Roma”, *Polis*, 5 (1993), pp. 241-251; Pierre COSME: “Le châtement des déserteurs dans l’armée romaine”, *Revue Historique de Droit Français et Étranger*, 81 (2003), pp. 287-307; Catherine WOLFF: *Déserteurs et transfuges dans l’armée romaine à l’époque républicaine*, Nápoles, Jovene, 2009; Mariama GUEYE: “Délits et peines militaires à Rome sous la République: *desertio* et *transfugium* pendant les guerres civiles”, *Geión: Revista de Historia Antigua*, 31 (2013), pp. 221-238; Andrea LATTOCCO: “*Vae victis!* La diserzione nei giuristi romani e nel codice penale militare: un istituto immutato”, *Rassegna della Giustizia Militare*, 5 (2017), pp. 1-15.

padre. Regresó con un ejército adicto, ejercitado, numeroso y con una moral muy alta por los triunfos obtenidos. Tenía abundancia de naves, dinero y equipamiento estimable para cualquier eventualidad; en resumen, resultaba temible para los enemigos. Por consiguiente, Carbo y Cinna, llenos de temor hacia él, enviaron algunos emisarios por toda Italia [...].⁴⁶

En este escenario, el contexto militar será clave en la mentalidad del soldado romano, hasta el punto de decantar su lealtad hacia uno u otro comandante. Al respecto, el verse superado por un ejército rival superior, quedar cercado por fuerzas enemigas, enfrentarse a un comandante más hábil o el haber sufrido importantes bajas recientes, pudo ser determinante para que cundiera el pesimismo, el desorden y el pánico entre las tropas.

En este punto, destacamos la práctica del *colloquium*, tan habitual en un entorno de guerra interna como la que protagonizó el Estado romano a lo largo del siglo I a.C. Aprovechando el malestar interno del ejército rival, así como un contexto militar adverso, el *colloquium* tenía como objetivo la confraternización de dos ejércitos romanos rivales con el fin último de que el más «débil» de ambos se pasara al bando contrario.⁴⁷ Esta práctica, que juega con la sugestión del soldado romano, fue un recurso muy extendido durante las guerras civiles, teniendo en Sila y en César sus principales promotores. Gracias a esta práctica, Sila se hizo con los hombres de Fimbria, en 85 a.C.,⁴⁸ y Cornelio Escipión, en 83 a.C.;⁴⁹ mientras que César hizo lo propio con las tropas de Afranio y Petreyo, en 49 a.C.⁵⁰

Sila, al verse rodeado por [...] muchos campamentos y fuerzas enemigas, se encontró, en parte obligado, aunque también a modo de estratagema, en situación de proponer un cese de hostilidades al otro cónsul, Escipión. Éste aceptó y empezaron a sucederse reuniones y conversaciones. Sila [...] se sirvió de sus propios soldados, tan hábiles ya como su general en toda clase de engaños y embaucamientos, para sobornar a los de Escipión, ya que entraban en el campamento

⁴⁶ App. *BC* 1.76.

⁴⁷ Stefan G. CHRISSANTHOS: op. cit., *passim*.

⁴⁸ «Fimbria, abandonado por su ejército, que se alineó con Sila, se atravesó, ofreció su cuello a un esclavo y le persuadió para que le matase» (en Liv. 83; *vid.* también App. *Mith.* 59-60; y Plu. *Sull.* 25). El caso de Fimbria, no obstante, no deja de ser anecdótico, ya que el destino le devolvió la jugada que él mismo había puesto en práctica un año antes, en 86 a.C., cuando, tras enfrentarse con Flaco y hacerse con sus hombres, orquestó su muerte: «después de haber simulado austeridad ante el dinero y esfuerzo con los soldados, se ganó la simpatía de éstos y los enfrentó a Flaco» (D.C. 31.104). «Entretanto Fimbria, [...] hombre el más osado de todos, asesinó en Nicomedia al cónsul Flaco, al que había acompañado como lugarteniente; y posteriormente, cogiendo las riendas del ejército [...]» –Oros. 6.2.9; Vell. 2.24– «se declaró a sí mismo jefe [...]» (Str. 13.1.27).

⁴⁹ App. *BC* 1.85; Liv. 85; Vell. 2.25.

⁵⁰ Caes. *Civ.* 1. 74-77; Liv. 110; Plu. *Caes.* 36; D.C. 41.22.3-4.

enemigo y se mezclaban unos con otros. Al poco tiempo, bien la plata, bien las promesas, las adulaciones o las lisonjas, acabaron por atraérselos. [...] Sila había utilizado sus veinte cohortes como señuelos para apresar en su red las cuarenta cohortes enemigas, después condujo todas a su campamento.⁵¹

[...] tuvieron lugar contactos ininterrumpidos entre ambos campamentos y conversaciones generalizadas acerca de la paz. Afranio y otros oficiales decidieron abandonar Hispania a César y marchar sin daño al lado de Pompeyo, pero Petreyo se opuso y, recorriendo el campamento, mató a cuantos hombres de César encontró manteniendo contactos con los suyos, e incluso mató con su propia mano a un oficial que se le opuso.⁵²

Los mecanismos empleados para socavar la voluntad y la moral del ejército rival fueron de lo más variado: ofrecer un paso seguro, promesas adicionales, extensión de privilegios o el empleo de sobornos, fueron algunos de los recursos utilizados con mayor frecuencia entre los comandantes romanos.⁵³ Igualmente, junto con la recompensa económica, otra forma de influenciar sobre el comportamiento del soldado romano fue el empleo de la propaganda política; terreno en el cual el futuro Augusto se movió con suma comodidad, tal y como lo demuestran los dos motines que promovió, en 44 a.C., entre las legiones de Marco Antonio.⁵⁴ El objetivo era influir sobre la manera de pensar y de actuar del soldado romano, anular su voluntad y hacerle obrar de

⁵¹ Plu., *Sull.* 28. 1-3.

⁵² App. *BC* 2.42-43.

⁵³ Igualmente, estos mismos recursos fueron empleados por los propios comandantes para intentar mantener la lealtad de sus hombres. Así sucedió con Fimbria (App. *Mith.* 59-60): «[...] desgarrándose la túnica se arrojó a los pies de cada uno. Pero, como rechazaran también este gesto y las desertiones se hicieron más numerosas, recorrió las tiendas de los oficiales y, después de sobornar a algunos de ellos con dinero, convocó de nuevo una asamblea y ordenó que se unieran a él en juramento»; y Petreyo (Caes. *Civ.* 1. 76): «[...] Petreyo recorre llorando los manípulos, llama a los soldados y les conjura [...] Pide que todos juren no abandonar ni traicionar al ejército ni a los jefes, ni tomar ninguna decisión aparte de los demás. [...]». En relación a estos ejemplos, debemos destacar dos elementos en común: por un lado, la teatralidad que muestran ambos comandantes, quienes no vacilan en postrarse y llorar ante sus hombres; y, por el otro, el recurso al *sacramentum militiae* como medio de cohesión y recordatorio del compromiso de lealtad y obediencia de los soldados hacia su comandante. Ambos recursos, bajo un contexto de descontento generalizado, fueron utilizados con suma frecuencia tanto con el fin de granjearse las tropas rivales como con el propósito de garantizar el control de las propias: «Cinna prosiguió hasta Capua, en donde había otro ejército romano, y trató de congraciarse a sus oficiales y a cuantos senadores había presentes. Avanzando como cónsul hasta el medio de los soldados, hizo deponer las fasces como si fuera un privado y dijo llorando [...]. Después [...] para excitarlos y despertar mucha compasión hacia su persona, se desgarró el vestido y, bajando de un salto de la tribuna, se arrojó al suelo en medio de ellos [...] hasta que los soldados conmovidos le levantaron, y, después de haberle colocado de nuevo sobre la silla curul, pusieron enhiestas las fasces y le animaron a tener valor, [...] y a guiarles a donde quisiera. Los tribunos, aprovechando de inmediato el impulso de los soldados, prestaron el juramento militar a Cinna, y cada uno se lo hizo jurar a las tropas que tenía bajo su mando» (App. *BC* 1.65-66).

⁵⁴ D.C. 45.12-13; App. *BC* 3.31, 43, 44-45.

una manera predeterminada. Conseguido esto, la desertión y el cambio de bando eran cuestión de tiempo.

Entonces, Octavio, al sentirse ya claramente atacado, envió muchos emisarios a las ciudades colonizadas por su padre [Julio César] para que les comunicaran lo que ocurría y se informaran del estado de opinión de cada una de ellas. Y envió también a algunos para que se introdujeran en el campamento de Antonio, a modo de comerciantes, y tomaran contacto con los soldados más osados y distribuyeran panfletos, en secreto, entre la tropa.⁵⁵

[...] en el camino hacia la Galia, cuando llegaron a la ciudad, se sublevaron y muchos, desdeñando a los lugartenientes que estaban al frente, se pasaron al bando de César [Octavio]. Por lo menos la cuarta legión y la llamada *Martia* se le unieron completas. Él los acogió también y les dio dinero en cantidad similar a los otros y de esta forma se atrajo otros muchos después.⁵⁶

Por último, cerramos este primer eje temático hablando del recelo hacia los instrumentos de castigo y coerción usados por las autoridades militares romanas. El miedo a sufrir un severo castigo, como la *decimatio*,⁵⁷ o el escarnio de ser disciplinado por una particular e indigna forma de castigo, como el realizar trabajos humillantes e impropios para un soldado, acabó dejando una huella difícil de eliminar en la mentalidad del soldado romano.⁵⁸ Así, no es raro observar cómo, ante un empleo abusivo, frecuente y arbitrario de la disciplina, las tropas, en lugar de guardar la unidad y la integridad, fueron más susceptibles al levantamiento, como así ocurrió tras las ejecuciones de César, en 49 a.C.,⁵⁹ o la *decimatio* de Marco Antonio, en 44 a.C. En lugar de terminar con el descontento entre sus hombres, su brutalidad trajo mayor malestar entre los soldados.

⁵⁵ App. BC 3.31.

⁵⁶ D.C. 45.13.3-4.

⁵⁷ A pesar de su fama, la *decimatio* no gozó de la popularidad que le atribuyeron las fuentes clásicas. Cf. Davide SALVO: "The *decimatio* in the Roman World", en Stephen O'BRIEN y Daniel BOATRIGHT (eds.), *Warfare and Society in the Ancient Eastern Mediterranean. Papers arising from a colloquium held at the University of Liverpool, 13th June 2008*, Oxford, Archaeopress, 2013, pp. 19-24; Charles GOLDBERG: "Decimation in the Roman Republic", *Classical Journal*, 111:2 (2016), pp. 141-164. Para otros ejemplos de castigos más recurrentes, *vid.* Eugenia C. KIESLING: "Corporal Punishment in the Greek Phalanx and the Roman Legion: Modern Images and Ancient Realities", *Historical Reflections/Réflexions Historiques* 32:2 (2006), pp. 225-246.

⁵⁸ En relación a los «castigos humillantes», *vid. supra* la reacción de Cayo Escibonio Curión ante la negativa de sus hombres a enfrentarse contra los dardanos (Fron. *Str.* 4.1.43).

⁵⁹ App. BC 2.47.

Entonces Antonio se levantó y dijo solamente: «Aprenderéis a obedecer». Y ordenó a los tribunos militares que trajeran a los soldados de espíritu sedicioso [...] y echó las suertes entre ellos de acuerdo con la ley de la milicia, pero no castigó con la muerte a la décima parte en total, sino a una fracción de ella, pensando que con un pequeño castigo los aterrorizaría; ellos, sin embargo, en vez de un temor mayor, sintieron hacia él, a causa de este hecho, más ira y odio.⁶⁰

Sin embargo, posiblemente sea en el campo de la superstición en donde mejor podamos medir el impacto que pudo tener el miedo y la sugestión en la moral, la voluntad y la disciplina del soldado romano. Al respecto, la superstición siempre ha jugado un papel destacado a la hora de preservar la moral, mantener el ánimo y garantizar el valor dentro del ejército, independientemente de la época y de la bandera bajo la que se hubiera convocado.⁶¹ Igualmente, también es importante tener en cuenta que, tal y como argumentan César y Cicerón, los soldados siempre dieron gran importancia al concepto de la suerte, buscando el buen y afortunado liderazgo de sus comandantes.⁶² Así, si un líder militar parecía estar plagado de mala suerte, disminuiría proporcionalmente la confianza que sus hombres tuvieran en él.

En esta línea, no podemos dejar de mencionar el caso de Marco Licinio Craso.⁶³ En 53 a.C., su campaña contra los partos se desarrolló de principio a fin entre prodigios de lo más poco halagüeños.⁶⁴ Enseñas que se negaban a moverse, estandartes que caían desplomados, fenómenos meteorológicos adversos y sacrificios desfavorables, fueron algunas de las manifestaciones que, según los soldados, enviaron los dioses para alertar y prevenir del desastre que se avecinaba.

Mientras Craso hacía cruzar al ejército [...] estallaron muchos truenos de extraordinaria fuerza, y frente a ellos se produjo un gran resplandor; y una tormenta

⁶⁰ Según Apiano (*BC* 3.43-44), la reacción de Marco Antonio, lejos de templar el ánimo de sus soldados sirvió para alentar la propaganda de Octaviano contra él: «aquellos a los que Octavio había enviado para corromper a los soldados de Antonio, inundaron el campamento con muchos panfletos invitándoles a cambiar la mezquindad y crueldad de Antonio por el recuerdo de César, la ayuda a Octavio y la participación de sus pródigios regalos». Del mismo modo, tal y como nos informa Dion Casio (36.16), Lúculo también fue víctima de su exceso de celo a la hora de reprimir a sus hombres: «Nadie se extraña de que Lúculo [...] no pudiese imponer su autoridad a los soldados que combatían a sus órdenes, los cuales, por el contrario, se rebelaban una y otra vez para acabar desertando de su lado. Pues los abrumaba con órdenes, era riguroso al exigirles su cometido, inflexible en los castigos y no conocía manera alguna ni de atraérselos con palabras, ni de ganar su adhesión mediante benevolencia, ni de hacerlos suyos con honores o repartos de dinero, cosas todas necesarias cuando se conduce a la guerra».

⁶¹ Cf. Santiago MONTERO: *Prodigios en la Hispania romana: Rayos, terremotos, epidemias, eclipses*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2020.

⁶² Caes. *Civ.* 1. 40; Cic. *Mur.* 38.

⁶³ Plu. *Crass.* 18-33; Liv. 106; Vell. 2.46; D.C. 40.17-27.

⁶⁴ Giusto TRAINA: *Carrhes. 9 juin 53 avant J.-C. Anatomie d'une défaite*, Paris, Les Belles lettres, 2011.

con rayos y nubes se abatió sobre el puente y lo rompió y destrozó por bastantes sitios. También el lugar en el que iba a acampar resultó golpeado por dos rayos, y uno de los caballos del general [...] desapareció ahogado en la corriente arrastrando violentamente al jinete. También [...] la primera de las águilas que fue alzada se dio la vuelta por sí misma. [...] se añadió el hecho de que la primera ración de comida que se distribuyó a los soldados [...] consistió en lentejas y pan de cebada, alimentos que los romanos consideran fúnebres y que ofrecen a los muertos. [...] Finalmente, participó en el sacrificio ritual de purificación y se le cayeron las entrañas de las víctimas mientras el adivino se las entregaba [...].⁶⁵

Ante tal abanico de infortunios, no es de extrañar que pronto se extendiera entre los soldados la desconfianza hacia la empresa a la que se veían empujados. Pero, sin embargo, fue la derrota de Carras lo que acabó por desmoralizar a las tropas. Las cuantiosas bajas de la batalla, las dudas y los malos augurios que rodearon la expedición desde el comienzo y la desconfianza hacia un comandante que no dejaba de dar muestras de mala suerte, provocó la desertión y el amotinamiento de los restos del ejército de Craso. Por si fuera poco, en el transcurso del combate se perdieron siete estandartes, entre los que destacaba el águila de la legión, el principal símbolo del ejército romano.⁶⁶

La llamada «águila» [...] no consintió entonces en atravesar el Éufrates junto a Craso, sino que se hincó en la tierra como si hubiera echado raíces, hasta que muchos juntaron fuerzas alrededor y la sacaron. Si bien obligada aquella lo siguió, pero una de las grandes insignias [...] cayó desde el puente al río boca abajo. Esa caída fue obra del viento [...] entonces Craso ordenó recortar las restantes insignias del mismo tamaño, a fin de reducirlas y poder así transportarlas con más seguridad, pero con ello acrecentó los prodigios. Pues, en el momento mismo de cruzar el río, envolvió a los soldados tal niebla que caían unos sobre otros y no divisaban un solo punto de la tierra enemiga [...]. También los sacrificios por la travesía y el desembarco fueron sumamente desfavorables. [...] sobrevino un gran vendaval, estallaron relámpagos y el puente se soltó antes de que pasaran todos ellos. La índole de lo que ocurría hacía ver a cualquiera [...] que les iría mal

⁶⁵ Plu. *Crass.* 19.4-8.

⁶⁶ Así lo expresa Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 2.13) cuando afirma que «el estandarte más importante de toda la legión es el águila»; Flavio Josefo (*BJ* 3.123) al declarar que «el águila, que va al frente de toda la legión romana, [...] simboliza su poder y es un presagio de que vencerán allá donde vayan»; o Isidoro de Sevilla (*Orig.* 18.3.2) cuando nos dice que «las principales enseñas de las legiones son las águilas [...] porque fue esta ave la que proporcionó a Júpiter auspicios favorables en sus combates [...] y adoptándola como protectora, dióselas como emblema de la legión [...] motivo por el que se convirtiera en estandarte de los soldados».

y no alcanzarían a volver, y en el ejército cundieron miedo y una gran desesperanza. [...] los soldados juzgaron hallarse ante un augurio que no cedía a ninguno de los de otros y cayeron en la mayor desazón, de suerte que ya no prestaron atención alguna a nada [...]. Pero incluso así le siguieron [a Craso] y nadie le replicó ni se le opuso, quizás por obediencia a la ley, pero también porque ya estaban atemorizados y no tenían capacidad para decidir ni emprender nada que les fuese a salvar.⁶⁷

Objetos de culto, símbolos religiosos, elementos mágicos, la superstición de los soldados, sumado al esfuerzo de las autoridades romanas por hacer de los *signa militaria* todo un referente simbólico, hizo de las insignias y, sobre todo del *aquila*, la encarnación del *numen* de la legión.⁶⁸ En tales circunstancias, lejos de ser algo anecdótico, la necesidad de conservar y proteger las enseñas era un imperativo moral.⁶⁹ Su pérdida, no solo afectaba a la autoestima y la moral de los soldados, sino que, sobre todo, dañaba la unidad, la cohesión y el espíritu de la legión.⁷⁰ La pérdida del águila siempre se

⁶⁷ D.C. 40.18-19. Los prodigios relacionados con los *signa militaria* son de lo más variados y frecuentes en la literatura clásica. De este modo, es común encontrarnos referencias a enjambres de abejas que rodean los estandartes (Flor. *Epit.* 1.17.6-7), águilas de metal que cobran vida (D.C. 43.35.4), águilas de carne y hueso que se posan sobre las de metal (App. *BC* 4.101), y, sobre todo, estandartes que se hincan en el suelo impidiendo el avance del ejército (Liv. 22.3.11-14; Flor. *Epit.* 1.22.14). En función del contexto militar, este tipo de prodigios se han interpretado de distinta forma. Así, por ejemplo, mientras que los enjambres de abejas se han relacionado con una inminente derrota, las águilas que cobran vida se han identificado con un ejército de dudosa lealtad. Igualmente, la existencia de estos prodigios no se limita al periodo republicano: «[Flaminio] ordenó desenclavar los estandartes y que se le siguiera. Resultó, en ese momento, que el portaestandarte del primer manípulo de lanceros no era capaz de mover del sitio su estandarte, y que no se conseguía hacerlo en modo alguno, pese a la ayuda de más personas. Flaminio, según su costumbre, hizo caso omiso del hecho cuando se le anunció. Así es como, en el transcurso de aquellas tres horas, el ejército fue abatido y el propio Flaminio aniquilado» (Cic. *Div.* 1.35); sino que también es frecuente encontrar pasajes de similar contenido durante el Imperio: «Furio Camilo Escriboniando, legado de Dalmacia, provocó una guerra civil, pero fue aplastado en menos de cinco días, cuando las legiones, que habían cambiado su juramento, se arrepintieron de ello llevadas de la superstición, pues, en el momento en que recibieron la orden de partir hacia su nuevo general, por un azar providencial les fue imposible adornar las águilas y arrancar y mover los estandartes» (Suet. *Cl.* 5.13.2).

⁶⁸ D.H. 6.45.2; Tertullian 16.8; Tac. *Ann.* 2.17.2.

⁶⁹ Así nos lo relata Flavio Josefo (*BJ* 6.225-226): «Los romanos que habían subido con los estandartes lucharon para defenderlos, pues para ellos era terrible y vergonzoso el que se los quitaran»; y el propio Julio César (*Civ.* 1.44.3): «[...] era necesario guardar sus puestos, no apartarse de las enseñas ni abandonar sin grave motivo el lugar que habían ocupado». El hecho de que este comportamiento se reproduzca en el ejército romano, independientemente del periodo y del contexto bélico, se debe, fundamentalmente, al vínculo que existió a lo largo de la historia de Roma entre *signum* y *sacramentum*. El abandono del primero significaba la ruptura inmediata del segundo, mientras que si se quería conservar el segundo era necesario mantener el primero. Así lo recoge Dionisio de Halicarnaso (11.43.1-2): «Pero muchos de ellos aún se horrorizaban de mover los estandartes sagrados y, luego, consideraban que el abandonar a los jefes y generales no era totalmente justo ni seguro (pues el juramento militar, que los romanos sancionan más especialmente que todos los demás, ordena que los soldados sigan a sus mandos a donde los lleven y la ley da poder a los generales para matar sin juicio a quienes desobedezcan o abandonen los estandartes)».

⁷⁰ Vid. Eduardo KAVANAGH: “El estandarte como aglutinante ideológico en el ejército romano”, en Fidel GÓMEZ y Daniel MACÍAS (eds.), *El combatiente a lo largo de la historia: imaginario, percepción, representa-*

consideró uno de los desastres mayores que podía sufrir el ejército romano. No en vano, el prestigio y el honor de la unidad afectada quedaban en entredicho, lo que suponía un duro impacto psicológico en unos soldados ya de por sí desmoralizados por la derrota.⁷¹

Conclusiones: la insurrección como reacción

Tal y como se ha podido observar, el presente ensayo representa una aproximación a las posibles reacciones que se pudieron dar en seno de la legión romana desde supuestos psicológicos, físicos e ideológicos derivados de situaciones de trastorno y estrés bélico. En tal sentido, se han expuesto toda una serie de situaciones militares desfavorables, con la finalidad de demostrar algunas de las consecuencias que trajo el servicio militar, el temor y la ansiedad ante el combate, la angustia de la guerra, el dolor de las heridas, la amenaza de un rival superior o el impacto de una derrota reciente —entre otros muchos supuestos— en la mentalidad del soldado republicano. Al respecto, hemos visto que, junto a las lesiones físicas propias de los largos periodos de servicio militar, los combates o vivir durante meses bajo condiciones higiénico-sanitarias cuestionables, fueron las heridas psíquicas, los traumatismos psicológicos de la guerra, lo que, por encima de todo, influyeron sobre la forma de pensar y de actuar del soldado republicano, determinando su conducta y condicionando su comportamiento ante una situación bélica extrema. El miedo, la desconfianza, la pérdida de moral, la superstición y la sugestión, fueron solo algunas de las manifestaciones de la guerra en el espíritu y la mente del soldado romano.

Sin embargo, tal y como hemos podido apreciar, estos supuestos, por sí mismos, no fueron suficientes para incitar la rebelión de las tropas. Al contrario, fue necesaria la suma de otras causas subyacentes para que el miedo o la desconfianza actuaran como detonantes de la insurrección. Así lo hemos visto en los ejemplos analizados, en donde fue necesaria la presencia de un enemigo cercano, la presión exterior de un co-

ción, Santander, PUBliCan, Ediciones de la Universidad de Cantabria, D.L., 2012, pp. 29-40; e Íd.: *Estandartes militares en la Roma antigua: tipos, simbología y función*, Madrid, CSIC, 2015.

⁷¹ Por esta misma razón, por la enorme carga simbólica que poseían los estandartes, recuperar las enseñas siempre fue considerado un motivo de honor y gloria para aquel que lo consiguiera. De esta forma lo recuerda Augusto (*Res Gestae* 29. 1-2): «Recobré, tras vencer a los enemigos, muchas enseñas militares perdidas por otros generales en Hispania y Galia y también de los dálmatas. Forcé a los partos a que me devolviesen los despojos y las enseñas de tres ejércitos romanos [...]. Esas enseñas las guardé en el santuario del templo de Marte Vengador»; y Dion Casio (57.18; 60.8.7) cuando describe el momento en el que son recuperadas las águilas que perdió Varo tras el desastre de Teutoburgo, en 9 d.C.: «Germánico, que dirigía con éxito la campaña contra los germanos [...], tras infligir una derrota contundente a los bárbaros, reunió los huesos de los que habían caído con Varo y los enterró. Además, recuperó los estandartes legionarios»; «[...] Publio Gabinio, tras derrotar a los caucos, obtuvo algunos otros éxitos, entre ellos está el de haber conseguido recuperar la única águila legionaria que todavía estaba en manos de los caucos tras el desastre de Varo». Cf. Fernando QUESADA: op. cit., pp. 24, 59 y 61.

mandante rival, una derrota reciente, o la existencia de un entorno militar adverso, para que cundiera el desconcierto, el pesimismo y el caos entre los soldados.

Por otro lado, en nuestro estudio se ha analizado el comportamiento del ejército romano en su conjunto, representado en unidades o legiones enteras. Es decir, solo hemos arañado la superficie, pues nos es imposible saber por qué cada individuo, cada soldado, centurión, suboficial u oficial participó en cada una de las insurrecciones descritas. Al respecto, solo podemos elaborar hipótesis sobre los posibles motivos personales que tuvo cada soldado para unirse a las revueltas. De este modo, nos quedaría por analizar cuestiones tan importantes como los retrasos en la paga, el control del saqueo, el reparto desigualitario del botín, los problemas con el abastecimiento de suministros, la precariedad de los equipos, cuestiones de naturaleza sociopolítica, etc. En definitiva, toda una amplia amalgama de causas que, bajo un contexto militar incierto, pudieron servir de estímulo para el motín.

Pero sin lugar a dudas, la principal conclusión que podemos sacar es que, por encima del mito, de la leyenda y de la visión romántica legada por la historiografía tradicional, ante la presión del combate, la fatiga de la guerra, la sensación de pérdida de identidad, lo encarnizado de la lucha y el desencanto con la realidad vivida, el soldado romano actuó con la suficiente inteligencia y libertad como para ser capaz de ver en la insurrección, en la ruptura de la disciplina, la mejor salida para defender sus intereses y proteger su vida.